V.

PRELIMINARES.

El Cura Paja-larga,
Como quien se dispone
A echar sobre sus hombros ruda carga,
O como el que de un salto se propone
Salvar un ancho foso;
O como púgil que á lidiar se apresta,
Por ganar una apuesta,
En medio de concurso numeroso,
Endereza su jiba,
Irgue el largo pescuezo
Y la mirada aviva;
Y haciendo alarde en súbito esperezo
De sus seis piés ingleses de estatura,

Se estira (se desplega,
Hablando propiamente);
Luego, de gladiador en la postura
Cuando sobre sí mismo se replega
Para herir ó quitar más fácilmente,
Profunda inspiracion pidió á su mente.

Para facilitarla, distraido
Saca su tabaquera,
Que es un calabacin de boj pulido,
Con agujeros cien cual salvadera:
Sacúdela en el codo; alza la mano,
Y en contacto nariz y calabaza,
Absorbe con delicia y con cachaza
Diez adarmes de polvo nicociano.

Viene por fin la inspiracion, y el Cura
Vuelve á plegar con pausa su estatura:
A la honda faltriquera
Vuelve la tabaquera;
Y pasando la mano por la frente,
Dice súbitamente:
"Esto es, y será lo que Dios quiera."

Tal tésis por lo visto halló por norma;
Mas para que se esplaye el pensamiento
Y esté de acuerdo el fondo con la forma,
Es decir, para hacer en su sentencia,
Con la que su auditorio se conforma,
Brillar el fin moral por la elocuencia,
Tansolo necesita
Que la lengua que á veces se le traba
Quede ahora expedita;
Pero allí está del vino de la Nava
La jarra bienhechora,
Y no hay miedo que falte con tal vino
Locuacidad al tonto ni al ladino,
Cosa que el cura Mantecon no ignora. . . .
Toma á pulso la jarra, y en dos sorbos,
Moderno Ciceron, halla á su alcance
En latin y en romance,
No solo una, dos lenguas sin estorbos,
Para salir airoso de aquel lance.
Hipa despues, regüelda y estornuda,
Con lo que el hipo aborta;
Y la frente inspirada que le suda
Limpia con su pañuelo de retorta.

Cuando ya su elocuencia juzga á punto,
Despejada de esputos su garganta
Que limpia hace sonar su voz de trueno,
Para en aquel asunto
Con mas autoridad entrar de lleno,
De su asiento, solemne se levanta.

Miéntras, Pascual habia,
Lo mismo que María,
Guardado tal silencio, que á un oráculo
Consultar, más que á un hombre parecia;
Mas cuando conociera que el obstáculo
De Mantecon en el magin cedia,
Segun en su actitud se demostraba,
En albricias al jarro de la Nava
Le recetó tambien una sangría.
Pascual pensó que al apelar al vino
El Cura Mantecon, era seguro
Que á ser inexorable se previno;
Porque aquel vino puro,
Para grandes y heróicas decisiones,
Brazos, cabezas templa, y corazones.
Y tomado á tal grado

Como él algunas veces lo ha tomado,
Juzga que es elemento,
No solo de vigor y entendimiento,
Rectitud, fortaleza,
Lo mismo al corazon que á la cabeza,
Contra debilidad y. . . . miramiento,
Sino que hasta adormece el sufrimiento. . . .
Más de cuatro palizas
De palo *camporiano*,
Que debieron hacer su cuerpo trizas,
Él sufrió con tal vino y quedó sano,
Allá en su juventud yendo á la Nava
A buscar con su carro alguna cuba:
O cuando en romerías alternaba
Con grandes bebedores
Del zumo de tal uva,
Y por cuestion de juegos ó de amores
Una de Dios es Cristo allí se armaba,
Muchas veces Pascual tendido y tieso
A puro garrotazo se veía,
Creyendo no tener sano ni un hueso;
Mas hallábase ileso
En cuanto levantarse conseguia:

Y él que los "Doce Pares" se sabia
De memoria, pensaba
Si el vino de la Nava,
El bálsamo seria
Que usaba Fierabrás de Alejandría.
Y pues tanta virtud le reputaba,
En aquellos dos sorbos que dió el Cura
El fallo á su favor Pascual augura.
María, que aunque simple y bonachona
Su instinto mujeril no la abandona,
Conoce por instinto
Que esperar debe un fallo bien distinto
Del fallo que ambiciona;
Mas con tal silogismo se consuela:
"Debo ceder, que es fuerza, á mi marido;
"Y como á su exigencia se rebela,
"Además del amor que á Ramon tengo,
"Mi amor propio ofendido,
"No se dirá que á consentir me avengo
"Por la voz de un marido amedrentada;
"Sino que á la de Dios solo me atengo
"Por la boca del Cura pronunciada."
. . . . . .

Aunque filosofía
Nunca estudió María,
Ni ménos diplomacia,
Tal modo de pensar tiene su gracia,
Que más de un *esprit fort* le envidiaria.

Volvamos, pues, al Cura.
Preparada la arenga,
Y la idea en su mente bien madura,
Nada hay que le detenga:
Reclama la atencion de su auditorio,
Que á oirle se prepara atentamente,
Y en estilo oratorio
Dice, ni más ni ménos, lo siguiente:

VI.

PREAMBULO DE SENTENCIA.

Pascual, María, oid, estadme atentos:
Nihil novum sub sole se decia

Con buenos fundamentos
Tal vez, cuando no habia
Indias occidentales todavía;
Mas desde que Colon mostró aquel huevo
Que cuentan, á su gente,
De Norte á Sur, del Este al Occidente,
Hay debajo del sol mucho de nuevo.
Además de la tierra descubierta,
De islas, rios y mares,
Nueva ambicion en hombres se despierta,
Y por motivo tal nuevos pesares:
Nuevo afan de cruzar la mar incierta
Y marcharse á habitar nuevas regiones,
Donde el oro á montones
Causa es voraz de nuevos apetitos
Y de nuevas pasiones
Que suelen producir nuevos delitos:
Por esta causa, á asegurar me atrevo
Que necesitan nueva teología
Casos como el presente, que á fe mia
Es por las causas antedichas, nuevo.

En tan buenas razones apoyado

Habeis uno como otra vuestra idea:
Tú has hablado, Pascual, como un letrado,
Y como un libro tu mujer ha hablado;
De paso en vuestro elogio dicho sea.
Si me atengo al derecho,
Pascual está en el suyo, eso es sabido;
Tú, María, has dejado satisfecho
Cuanto al amor de madre le es debido;
Que si Pascual en honra y en provecho
Para su hijo piensa,
Tú de tus aprensiones maternales
Has hecho como nadie la defensa.
Por tal motivo, en mí pesan iguales
Derecho y reflexion, lo que me obliga
A prescindir de leyes generales
Que para todo caso están dispuestas:
Os dispenso de textos la fatiga,
Porque además de oscuros, sus conceptos
Precisan conclusiones manifiestas.
Lo que necesitais no son preceptos;
El ejemplo más bien, la alegoría
Representando fiel á la memoria
En sustancia moral vuestra porfía,

Es lo que ha de ilustrar vuestra conciencia.
Oid, pues, una historia
Que de vuestra cuestion es la sentencia.

VII.

SENTENCIA PARABOLICA.

CURA.

Yendo de Efren á Betania
Jesucristo Señor Nuestro,
En union de sus discípulos
Juan Evangelista y Pedro,
A las hermanas de Lázaro
Vió que, esparcido el cabello
Y demudado el semblante,
Le salian al encuentro.
"Señor, le dijo María,
"Huye de estas tierras luego,
"Porque afanosos te buscan